

CAPITULO VI.

SUMARIO.

Realidad de los fenómenos espiritistas.—Todo género de gentes deponen en su favor.—Imposibilidad de que en Francia y en las épocas en que tuvieron lugar hubieran sido admitidos si fueran una impostura y meras fantasías.—Hubo algunos que los calificaron de tales no por convicción, sino por sistema.—No faltan hoy.—Conducta necia de estos.—El trascurso de casi cien años persuade su realidad.—No todos los fenómenos son auténticos.—Los aparentes prueban la existencia de los reales.—Moneda falsa y moneda legítima.—Los que atribuyen los fenómenos á impostura no niegan que se producen.—Deben tenerse como ciertos mientras la impostura no se justifique.—Calidad de los hechos.—Calidad de los testimonios.—Calidad de los

testigos.—Los Huffeland, los Orfila, los Recamier. &c.—Adversarios del espiritismo convertidos, en presencia de los hechos, en sus propugnadores.—El Doctor Rostan.—Notable confesion. M. L. Figuier.—Comunicaciones que tuvo con el *espíritu* de su hijo.—Resultados prácticos.

Empero ¿estos extraordinarios fenómenos son reales? ¿No son meras fantasías? ¿Está perfectamente examinada, estudiada y comprobada su verdad?

Es claro que si nada hay de real en ellos, no deben ocupar la atención ni trabajar la inteligencia de ningún pensador. Es evidente que si en último análisis su verdad se reduce á la palabra desautorizada de unos cuantos, no hay por qué considerarlos para nada, ni por qué otorgarles importancia grande ni pequeña, sino verlos con el mayor desden y sepultarlos en el olvido

Pero desgraciadamente las cosas pasan de otro modo. La realidad que hay en ellos es notoria; su verdad se funda en el testimonio casi unánime de todo género de gentes, y en la fuerza lógica de inducciones que en vano se querrian eludir.

Los fenómenos comenzaron á producirse, como se ha visto, en un siglo y en una nacion positivistas y por lo mismo, poco dispuestos á dejar pasar, ó más bien francamente resueltos á contradecir la realidad de hechos que salieran de la triple esfera de la naturaleza, de la materia y de la ciencia.

La Francia del último tercio del siglo XVIII y del primero del XIX, nunca podrá ser tachada de crédula, ni de retrógrada en lo que mira á los conocimientos humanos. En esa época estaba completamente humanizada; y si menospreciaba la metafísica y se burlaba de la teología, en cambio, la física, la química, la botánica, la medicina, la geología, &c, &c., recibían de su prodigiosa actividad impulsos verdaderamente colosales. No había cosa que no se purificase en este múltiple crisol. Todo fenómeno tenía su explicacion en un agente de la naturaleza, en un reactivo, en una combinacion de fuerzas ocultas, en una disposicion fisiológica, en una relacion real, hipotética y hasta imaginaria. Si el vapor se presentaba como móvil y motor de sí mismo en las locomotoras; si la luz usurpaba la inteligencia al pintor y hacia las veces de pintor y de colorido en el daguerreotipo; si la electricidad se tornaba en conductora del pen-

samiento y de la palabra del hombre, llevándolos á distancias infinitas con la celeridad del rayo y del relámpago en el trelégrafo, la ciencia no se sorprendía ni callaba sino que analizaba y se daba de todo la razon,

Un charlatan, un impostor, un soñador, habría sido silbado, y recibido en el desprecio público el castigo de su audacia. Hechos supuestos ó faltos de comprobacion, y no cualquiera, sino plenísima, como la luz meridiana, no habrán merecido el honor de ocupar la atencion de las inteligencias de entónces, sobradamente escépticas para ser sorprendidas, harto engreidas de sí mismas para alucinarse, y con alta conciencia de su ilustracion, para dispensarse de un exámen atento y minucioso, ántes de dar un fallo definitivo.

Por otra parte, el mundo de esa época, compuesto de escépticos á la Epicuro, que todo lo negaban; de materialistas, que solo creían en el poder de la naturaleza física, y de racionalistas, que no subían en sus sistemas más allá de la razon humana; para quienes el cielo de los espíritus, si no era una quimera, era cuando ménos una region aparte, sin vínculo de ningun género con el mundo de los cuerpos, indiferente al destino de los hombres, no admitiría, sin

duda, graciosamente y por vía de condescendencia y cortesía, hechos que, por más que trataba de disimularlo, venian á echar por tierra sus ensueños filosóficos, sus sistemas científicos y sus históricas utopías.

En efecto, el escepticismo en los principios se concibe, pero no puede sostenerse en presencia de los hechos. Pirron se echa áuestas con toda su filosofía, al verse acometido por un perro, y Volney olvida su ateismo de gabinete en medio de los horrores de una borrasca. Materialismo y existencia de espíritus puros, racionalismo é intervencion en el mundo de estos mismos espíritus, no pueden hacer vida común ni unirse con el lazo de indisoluble marriage. Sin embargo, los hechos espiritíscos han sido admitidos por estas tres entidades reacias, despues de haber presenciado unos, valorizado los testimonios que comprobaban otros, y examinándolo todo á la luz de los únicos criterios generalmente reconocidos entónces, á la luz del criterio filosófico, del científico y del histórico.

Esto no quiere decir que no haya habido quienes los hubiesen atribuido á impostura, ó los hayan querido reducir á una ilusion. Precisamente porque los fenómenos contrariaban las

opiniones en boga, desde su principio fueron juzgados así por gran parte de la turba de aquellos filósofos que hacia éco á la impiedad cínica del de Ferney. Ahora mismo no faltan quienes sigan un partido tan cómodo, pues dispensa de todo estudio, de todo exámen y de toda crítica. Pero si semejante subterfugio era en aquellos un sistema, en estos no merece otro nombre que el de necesidad. Los primeros se encontraban en la alternativa de explicar los fenómenos por causas naturales, ó bien de renunciar á sus teorías filosóficas. La ciencia no se prestaba á la explicacion; y renunciar á teorías filosóficas que halagaban y se amaban tanto, era mucho para la soberbia de Voltaire y sus secuaces. Negar la realidad de los hechos era el solo medio que conciliaba todos los intereses; y le adoptaron para no verse urgidos ni comprometidos. Los segundos niegan solamente, porque se les ocurre negar.

En pero tal subterfugio no puede sostenerse más que por unos dias; y los hechos de que se trata se han venido reproduciendo casi durante una centuria, y en toda ella no se ha levantado el velo que cubre la tramoya, ni demostrado en qué consiste la impostura ó donde está el escamoteo.

Notemos, sin embargo, que no todos y cada uno de los hechos que se atribuyen al espiritismo deben tenerse como reales y auténticos, pues al arrimo de la verdad muchas veces se abren camino el fraude y la superchería que tan hábilmente explotan los decidores y los charlatanes. Mas esto en vez de argüir algo contra la realidad de los que son ciertos, confirma su verdad, pues al cabo el tiempo da á conocer el engaño y desenmascara al engañador.

Las imposturas son la moneda falsa del mercado de las maravillas.

La moneda falsa no circularia si no circulara moneda legítima. Aquella misma moneda solamente pasa entre comerciantes poco expertos y avisados, y esto, recientemente trojelada. El uso y el tiempo la gastan, y saltan pronto á la vista aun del vulgo de los consumidores, los signos que denuncian que no es del cuño y metal marcados por la ley, como por algun tiempo lo pareció (1).

(1) Podian citarse innumerables ejemplos, en todas materias, de la boga efímera de lo maravilloso falso y bastardo. La señorita Emilia, sonámbula que M. Hublier iba á presentar á la Academia francesa, con el fin de

Pero hay mas, los mismos que avanzan que en la produccion de los fenómenos media impostura, no niegan precisamente que se producen, por el contrario, suponen que ellos tienen lugar, aunque no por la virtud de agentes desconocidos, sino por la de artificiosos y diestros manejos no descubiertos hasta ahora.

Pero mientras que los que tal dicen no revelen en donde está y en qué consiste la impostura, en qué circun tancias y de qué manera

comprobar el fenómeno de la vision á través de cuerpos opacos, logró engañar por algun tiempo á aquel; pero M. Frapart, en dos ó tres pruebas á que la sujetó, descubrió la superchería de que se valia la *sonámbula* para leer en un libro cerrado. Consistía en copiar ántes en un papel, que llevaba consigo, algunos párrafos del libro que se le presentaba, exigiendo para esto que se la dejase algunos momentos sola.

Los hermanos Davenport llamaron la atencion del público y de la prensa de Paris primeramente, y despues de una ciudad de Alemania, con lo que llamaban *sesion oscura* y *gabinete misterioso*. Se les ataba fuertemente y en medio de las tinieblas hacian girar por los aires guitarras, campanillas y panderos, con asombro de los espectadores, pues se encendian las luces y se encontraban los Davenport perfectamente atados. Pronto, sin embargo, el prestidigitador Robia en Francia, y el artesano Hartman en

procede el impostor, el buen sentido y la justicia exigen que se desestime su vana palabrería; recurso frívolo con el cual suelen escudarse casi siempre la impotencia, la ignorancia y la presuncion de los que creen candorosamente poder y saber todo.

Debieran reflexionar que la impostura como delito, no se presume, sino que debe probarse por quienes aseguran su existencia, y probarse,

Alemania, les demostraron que ellos mismos eran, los que, desatándose, ponian en movimiento todos aquellos objetos

Lo mismo acaba de pasar en México con M. Fay, discípulo de aquellos, quien se presentó en la escena, anunciando que el espectáculo que ofrecia, tenia por objeto probar a verdad de las *manifestaciones maravillosas de los agentes invisibles*. En la primera sesion, que fué consagrada á la prensa, logró impresionar de tal manera á esta, que al dia siguiente todos los periódicos, con excepcion de uno, llenaron sus columnas con el relato de las estupendas maravillas. No obstante, apénas pudo dar tres espectáculos en el Teatro Nacional, pues el Lic. D. Eduardo Novoa, de Puebla, se presentó imitando perfectamente los llamados prodigios y ejecutando á toda luz lo que Fay ejecutaba en la oscuridad: demostrando así, que todo era un escamoteo y de los mas torpes.

no como quiera, sino con instrumentos que se hallen en relacion íntima y necesaria con la verdad, y con pruebas claras, tan claras como la luz del medio dia.

Si no se rinde semejante prueba, la historia no dará nunca un fallo condenatorio ni en contra de los hechos ni en contra de sus autores, porque nada habria que la justificase; sino que consignará en sus páginas la verdad de los primeros y la veracidad de los segundos. Así lo ha hecho; y su criterio es seguro y casi siempre infalible.

Volviendo á nuestro propósito, reflexionemos que se trata de hechos de toda notoriedad, que pasaron á la presencia de numerosas muchedumbres, no delante de este ó de aquel individuo; de hechos públicos y no privados, capaces, no solo de excitar la atencion de todo género de hombres, sino de conmover, como conmovieron de facto, la sociedad; de gravísima importancia, no de leve significacion; contrarios, no favorables á las preocupaciones y opiniones reinantes; contemporaneos, y no de otras edades; fáciles de ser observados por todos, no velados ni oscurecidos por algun artificio. No hay duda, la gran duracion y la calidad de los hechos alejan aun la mas leve sospecha de falsedad.

Mas lo que, sobre todo, viene á colocarlos en el rango mas alto de certidumbre, en el rango de la evidencia, es la excelente calidad y el número de los testimonios que se levantan y deponen en su favor.

No harian tanta fuerza, si fueran solo de hombres vulgares é ignorantes, de hombres de probidad problemática y de honradez dudosa; de testigos que se refieren á las afirmaciones de personajes inciertos y que no vieron las cosas cuya existencia garantizan; de gentes apasionadas por un sistema y afiliadas en este bando ó en aquella escuela; de observadores poco circunspectos y superficiales que se contentaran con ver y admirarse, sin tomar interes en darse cuenta de aquello que admiraban ó veian; de inteligencias fáciles de ser convencidas con una razon cualquiera ó con una apariencia de razon. No, los testimonios son de los más graves por su autoridad, de los mas atendibles por su peso, de los mas incontestables por su uniformidad. Son testimonios de hombres que hacen profesion de sabiduría, y son justamente reputados por sábios, y pertenecen ademas, por su ciencia, por su nacimiento y por su educacion á las mas elevadas categorías sociales; de hombres en su mayor parte, probos á toda luz y hon-

rados á toda prueba; de testigos que refieren y dan fe de lo que vieron y presenciaron; de gentes de todos los sistemas, aun los mas inconciliables; de todas las escuelas, aun las mas intransigentes; de observadores juiciosos y profundos que todo lo investigan y de todo inquieren la explicacion; de espíritus fuertes y de inteligencias perspicaces que solo se rinden á razones robustas, invencibles y poderosas:

Son testimonios de los Cubier, los Gioffroy, los Fadaray, los Laplace, los Franklin, los Montesquieu, los Lafayette, los Huffeland, los Arago, los Recamier, los Husson, los Babinet, los de Jusieu, los Ellioston, los Cabanis, los Litré los Figuiet, los Rostan, los Des Mousseaux, los de Resie, los Thiboudet, los de Mirville, los Bizouard, etc, etc.

Entre estos, como se ve, se encuentran naturalistas como Arago y Cubier, racionalistas, como Gioffroy, materialistas como Cabanis, ateos como Litré, filósofos como Montesquieu; médicos como Husson y Rostan, abogados como Bizouard, protestantes como Ellioston y Esdaille, católicos como MM. des Mousseaux y de Mirville.

Conspira á fundar mas y mas la realidad de los fenómenos espiritísticos, sin salir del terre

no de la fe humana, el número de incrédulos que despues de haberlos observado, se han resuelto á desertar de sus antiguas banderas, por más que tal desercion les fuera dura y bochor-nosa, pues lastimaba profundamente su amor propio y los exponia á la rechifla pública de sus viejos partidarios y de los insensatos á lo menos.

Incrédulos eran y mucho Huffeland, Orfila, Recamier, Pigeaire de Montpellier, Géorget, Spada, Phisseps, Rostan, Figuiet y otros innumerables, que al fin, rendidos á la fuerza de la evidencia, han tenido que hacer el sacrificio de su orgullo y hasta de sus teorías ante las sacrosantas aras de la verdad.

El Doctor Rostan, no solo no creia en los hechos en que nos ocupamos, sino que reputaba faltos de seso y de sentido comun á los que les daban ascenso. Hizo públicas sus creencias por la prensa, y las estuvo sosteniendo con enérgica vehemencia por mucho tiempo. Mas una vez por mero juego se puso á *magnetizar*, y sintió vergüenza, al observar que los fenómenos que logró producir desde luego, venian á contrariarlo. Oigamos lo que él mismo escribió despues.

“Cuando yo, dice, muy jóven aun, oí hablar por primera vez, del magnetismo animal, los hechos que se me referian estaban tan poco

acordes con los fenómenos fisiológicos que yo entónces conocia, que tuve lástima de algunos á los cuales reputé dominados de un nuevo género de locura; ni se me ocurrió siquiera en la imaginacion la idea de que un individuo dotado de razon tuviese nunca que prestar fe á semejantes quimeras. Y hablé y escribí bajo estos sentimientos por espacio de unos diez años.

“Deplorable ejemplo de una ciega preocupacion de juicio, la cual, llevándonos á descuidar el único medio positivo de instruccion que poseemos, es decir, la aplicacion de nuestros sentidos, nos envuelve en largos y á veces tambien irremediabiles errores. Pero sucedió el caso de que por simple curiosidad, y solo por vía de prueba, me dí á ejercitar el magnetismo. La persona que se sometia á él no conocia ni por asomo sus efectos: nótese esta circunstancia. Cual fué mi admiracion cuando á los pocos instantes excité fenómenos tan singulares, tan fuera de lo acostumbrado, que no me atreví á hablar á nadie por no parecer ridículo. Y no tuve que verificar los fenómenos magnéticos sobre una sola persona: sino que con motivo de mis observaciones elegí individuos de varia condicion, de diferente sexo, muchos de los cuales ignoraban hasta el nombre del magnetismo; li-